



FRANCESCO BOLDIZZONI

LA POBREZA DE CLÍO

Crisis y renovación
en el estudio de la historia



LIBROS *de* HISTORIA

Índice

Portada

Dedicatoria

Prefacio

Capítulo 1. La verdad en la cruz

Capítulo 2. ¿Economía con rostro humano?

Capítulo 3. El fantasioso mundo de Clío

Capítulo 4. El mundo que perdimos

Capítulo 5. El mundo que perdimos

Capítulo 6. Construir a partir del pasado

Referencias bibliográficas

Notas

Créditos

Para mi padre

PREFACIO

La historia de este libro empezó en Cambridge un cálido día de abril de 2007 en las sobrias habitaciones del Emmanuel College. Estaba disfrutando de un agradable ritual que tiene lugar varias veces cada año y comiendo con Peter Burke. En la conversación salieron a colación ciertos historiadores del siglo xx y sus esperanzas de una historia que fuera al mismo tiempo económica y cultural. Peter es un ejemplo incomparable de inteligencia histórica, y su creatividad espontánea, su aptitud para penetrar el significado de la actividad humana a través de los lenguajes y los signos y su habilidad para escribir historia con cualquier clase de material son cualidades que impresionan incluso al estudioso más experimentado. Esa conversación sobre la evolución de la historia económica pronto me puso a pensar en nuevas ideas. Cuanto más reconsideraba las metas alcanzadas y los métodos innovadores probados en el siglo pasado, más patente me parecía la decadencia que la disciplina había experimentado en los últimos años. Lo más inquietante de todo era que las pretensiones de originalidad en el campo de la historia económica parecían ser consecuencia de la ignorancia acerca del pasado.

Mi plan inicial fue escribir un estudio de historiografía para mostrar cuán necesario era un cambio de dirección. Más tarde, cuando mi idea llegó a Princeton University Press, los lectores externos resaltaron dos elementos importantes y sus comentarios tendrían un efecto decisivo sobre el destino del libro. Uno de esos estudiosos advirtió intuitivamente que lo que yo estaba haciendo era cuestionar la «nueva historia económica» y me animó a aclarar los tér-

minos del disentimiento; el otro propuso que dirigiera mi discurso a las ciencias sociales. Estoy en deuda con ambos por haber entendido mis intenciones incluso mejor de lo que yo mismo las entendía entonces. Si he conseguido decir lo que quería, ha sido en especial gracias a ellos.

Sin embargo, no deseo que mi crítica resulte hostil para los colegas que defienden el enfoque del que me distancio con tanta firmeza. Hace pocos años ellos tuvieron la bondad de preparar un delicioso manual para evangelizar a los historiadores humanistas (Rawski *et al.* 1996), así que tengo la esperanza de que acojan este libro como el intento de un historiador preocupado por evangelizar a los economistas. Los historiadores por lo general tienen dos actitudes hacia aquello que no entienden: o lo rechazan o lo admiran. Por fortuna, no corro el riesgo de caer en lo uno o lo otro. Antes de convertirme en historiador, me formé como economista, de ahí que esté familiarizado con los secretos del oficio. Conocer sus fortalezas y debilidades me ha permitido tener una visión de algún modo distanciada de la economía.

En términos más generales, tengo la esperanza de que las cuestiones planteadas en estas páginas resulten interesantes para todos los que se dedican al estudio de las humanidades y las ciencias sociales. El deseo de dirigirme a un público tan amplio como fuera posible me ha hecho evitar el lenguaje en extremo especializado y el exceso de detalle para, en lugar de ello, concentrarme en el método y los principios. Los lectores quizá descubran que los desarrollos de sus respectivas disciplinas se abordan de forma esquemática y que se simplifican debates importantes, pero también en esos casos he intentado concentrarme en lo esencial, a saber, la relevancia de sus resultados para la historia económica.

Durante las fases de investigación y escritura acumulé incontables deudas. En otoño de 2009, mientras me encontraba en el Dartmouth College como invitado del Cen-

tro para la Humanidades Fannie y Alan Leslie, pude dedicarme a tiempo completo a los capítulos 3 y 6. Agradezco por tanto al Centro y en especial a Adrian Randolph, su ecléctico director, por la magnífica hospitalidad y generoso apoyo que me brindaron. Por supuesto, resulta innecesario decir que la paz y tranquilidad de Nueva Inglaterra y el acceso a una de las mejores bibliotecas de Estados Unidos fueron factores no menos valiosos.

La preparación de las conferencias para la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París me proporcionó la oportunidad de reflexionar sobre las tendencias recientes y las perspectivas futuras de la historia económica, y la invitación a una institución que me es tan querida fue un gran honor. Asimismo, la oportunidad de convocar a lo largo de los últimos tres años el Seminario de Historia del Análisis Económico de la Universidad de Cambridge en Clare Hall trajo consigo ocasiones incomparables de debate.

Me he beneficiado enormemente de los consejos recibidos de varios colegas, mentores y amigos, entre ellos Franco Amatori, Maurice Aymard, Peter Burke, Marco Cattini, Gervase Clarence-Smith, Martin Daunt, Norman Davies, Nicola Di Cosmo, Antonio Di Vittorio, Mark Elvin, Peter Garnsey, Jack Goody, Mark Granovetter, Jean-Yves Grenier, Steve Gudeman, Pat Hudson, Marcin Kula, Colin Lewis, Susan McKinnon, Paul Millett, Craig Muldrew, Patrick O'Brien, John Padgett, Roberto Scazzieri, Walter Scheidel, Leigh Shaw-Taylor, Alessandro Stanziani y Dan Tompkins. Algunos de ellos me han proporcionado información útil o materiales inéditos, y muchos aceptaron la carga de leer de forma metódica largas secciones del manuscrito, cuando no el libro entero. Como es natural, no deseo responsabilizar a ninguno de ellos de mis tesis.

En Princeton University Press, ha sido un auténtico placer trabajar con Richard Baggaley y Seth Ditchik, mis editores, y con Kimberley Williams. Estoy igualmente en deuda

con Peter Dougherty, que desde el comienzo mostró tener fe en el proyecto. Por último, pero no por ello menos importante, quiero mostrar mi enorme agradecimiento a Katharine Hunt, que se encargó de convertir en inglés mi complicada prosa. Quisiera también reconocer con gratitud el apoyo económico de la Universidad Bocconi. Las citas de los Finley Papers aparecen por cortesía del director y los miembros del Darwin College y de los síndicos de la Biblioteca de la Universidad de Cambridge. La Figura 4.2 se reproduce con la amable autorización de su autor.

Capítulo 1

LA VERDAD EN LA CRUZ

Ciencia e ideología

En la mitología griega, Clío es la musa de la historia y de la poesía épica. El verbo *kleio* significa celebrar o ensalzar; *historia*, por su parte, significa averiguación o investigación. La combinación de elementos fabulosos y hechos concretos en Heródoto refleja esta ambigüedad. Tucídides rompió de forma más decidida con el punto de vista tradicional al alumbrar un estilo de investigación que en la actualidad llamaríamos «positivista», ello a pesar de que él mismo no se consideraba en realidad un historiador sino una especie de politólogo.

En cierto sentido, en la Antigüedad el tiempo pasaba de forma más lenta, y es por eso por lo que, quinientos años después, el sirio Luciano podía referirse a Tucídides como si fuera un contemporáneo. El panfleto *Cómo debe escribirse la historia* es probablemente la primera obra sobre el método histórico producida en el mundo cultural griego. Luciano lo escribió en reacción a la literatura bastante mediocre que había surgido para celebrar las victorias de los romanos contra los partos (161-166 d. C.). A medida que avanzaba en Oriente Próximo, el ejército de Lucio Vero iba encontrando nuevos aduladores dispuestos a manipular la verdad según su conveniencia. Estos autores produjeron testimonios tan inverosímiles que resultaban grotescos e, incluso, distorsionaban la lengua griega, atiborrándola de latinismos absurdos, de ahí que fuera necesario restablecer las reglas de Tucídides. Dice Luciano:

Así debe ser para mí el historiador: intrépido, incorruptible, libre, amigo de la libertad de expresión y de la verdad, resuelto, como dice el cómico al llamar a los higos, higos, al casco, casco, que no rinda tributo ni al odio ni a la amistad, ni omita nada por compasión, pudor o desagrado, que sea un juez ecuánime, benévolo con todos para no adjudicar a nadie más de lo debido, forastero en sus libros y apátrida, independiente, sin rey, sin que se ponga a calcular qué opinará este o el otro, sino que diga las cosas como han ocurrido (*Cómo debe escribirse la historia*, 41).¹

Luciano usa adjetivos contundentes y se refiere a la renuncia, la renuncia voluntaria que exige al historiador, como el precio de la objetividad. Cuando trabaja, el historiador debe ser como un extranjero (*xenos*) sin ciudad (*apolis*) y sin soberano (*abasileutos*). Para el estudioso moderno, observar estos preceptos implica asumir el hecho de que forma parte de una comunidad y evitar la influencia, a menudo inconsciente, que esta ejerce sobre su manera de pensar. Significa rehuir el poder (no solo el poder político) y renunciar a las ventajas que este ofrece a quienes se someten a él. Pero Luciano también previene al historiador contra las modas y las tendencias; de lo contrario, la historiografía se convierte en un ejercicio de imitación en serie.

LAS RAÍCES DE LA HISTORIA ECONÓMICA

Antes de entrar a considerar el papel de Clío en este libro, es necesario que presentemos al personaje principal: la historia económica. Como en todo relato digno del nombre, es imposible conjeturar hacia dónde se dirige alguien sin saber cuál fue su punto de partida. El cuento de Caperucita Roja empieza en la cocina de la madre y termina en el estómago del lobo. Resultaría difícil imaginar los peligros del bosque sin tener experiencia previa de la reconfortante paz del hogar.

En primer lugar, la historia económica no ha existido siempre. Durante el Renacimiento, a nadie le habría parecido muy interesante ocuparse de las economías del pasado. Cuando en la década de 1510 Maquiavelo escribió el *Discursos sobre Livio*, lo que le preocupaba era la estructura de las repúblicas, las guerras y el liderazgo. Según le contó a Vettori, entraba en su estudio vestido con ropas «nobles y curiales», para conversar con los antiguos, los grandes estadistas del pasado, y estos estaban en condiciones de responderle precisamente porque sabían cómo escribir. Maquiavelo les preguntaba por «la razón de sus acciones» (1513, p. 142) y no acerca de qué producían o cómo se ganaban el sustento sus conciudadanos.

Dos siglos más tarde, Edward Gibbon (1776-1789) no encontraba indigno ocuparse de los usos y costumbres mientras hacerlo le ayudara a comprender mejor el colapso político del imperio. Hoy se consideraría que tal interés se enmarca dentro del dominio de la historia social y cultural. Sin embargo, el pasado económico empezó a ser materia de investigación precisamente en esa época. Los contemporáneos de Gibbon advertían que la economía estaba cambiando de forma irreversible y que unos valores nuevos habían pasado a primer plano. Las referencias históricas abundan en los escritos de Smith, Malthus o Marx, a pesar de no ser obras de historia. Uno de los primeros casos en que el elevado término de «historia» se aplicó a un tema que era cualquier cosa salvo elevado fue la *History of the cotton manufacture in Great Britain* de Edward Baines (1835), un precursor del relato triunfalista del *Prometeo desencadenado* de David Landes (1969).

Sin embargo, la historia económica no adquirió una identidad propia hasta que la economía no se convirtió en una ciencia deductiva, propensa a considerar universales pautas de conducta que en realidad son particulares, espe-

cíficas de determinada cultura. Esta transición culminó en los últimos veinticinco años del siglo XIX y no fue del todo inesperada.

Ya en la década de 1840, el economista alemán Friedrich List, heredero de la tradición cameralista, había fustigado las teorías de los economistas clásicos británicos. Dado que List también cuestionaba las opiniones políticas de estos, su ataque tenía obvias implicaciones prácticas. El economista alemán criticaba la «teoría imperante» por la forma apresurada en la que generalizaba conclusiones derivadas de la observación de la primera nación industrial como si se tratara de leyes naturales: «Al no tener en cuenta los hechos históricos, salvo en la medida en que responden a sus tendencias particulares, desconoce o desfigura las lecciones de la historia que contradicen su sistema» (1841, p. 65). Smith pasaba por alto la importancia de la nación como actor económico y Ricardo interpretaba la renta como el precio de la fertilidad natural de la tierra y fundaba toda la economía política en ese principio:

Una excursión a Canadá le habría proporcionado pruebas, en cada valle y cada colina, de que su teoría estaba construida sobre arena. Sin embargo, al considerar exclusivamente el caso de Inglaterra, comete el error de suponer que los campos y praderas ingleses, cuya visible fertilidad natural produce beneficios tan grandes en forma de renta, siempre han sido iguales (List 1841, p. 335).

Consideraciones de carácter similar habían animado al economista inglés Richard Jones (1831), un crítico de Ricardo, a realizar una investigación comparativa de los sistemas económicos.

Con todo, esos eran pecados relativamente menores. A pesar de la miopía de la perspectiva insular y la tendencia a generalizar en exceso, los clásicos partían de un análisis de los aspectos sociales: en el caso de Smith, esto implicaba la separación de las esferas pública y privada; y en el

de Ricardo, una teoría acerca del conflicto entre las clases y los grupos. Por otro lado, a finales del siglo XIX la unidad de análisis adoptada por el marginalismo fue el individuo desvinculado que vivía maximizando la propia gratificación y los ingresos monetarios. En la versión más extrema de este enfoque, conocida en la actualidad como economía neoclásica, se presume que los agentes conocen las reglas del cálculo diferencial y saben cómo aplicarlas a todas las combinaciones posibles de bienes y elecciones de producción existentes. El marginalismo se propagó por Gran Bretaña, Austria, Suiza y Estados Unidos, pero su efecto en países como Francia e Italia fue apenas leve. Alemania se mantuvo prácticamente inmune hasta la segunda guerra mundial.

En la década de 1880, estalló la gran disputa sobre el método, la *Methodenstreit*. De un lado, estaba Gustav Schmoller (1883), el líder de la escuela alemana, que sostenía que era imposible formular una teoría económica sin un análisis histórico de la sociedad que le sirviera de fundamento. Del otro, el austríaco Carl Menger (1884), que afirmaba que era posible conocer *a priori* los principios del comportamiento económico de los individuos. Algo similar ocurrió en Gran Bretaña, donde William Cunningham (1892) criticó a Alfred Marshall, pero el resultado de la polémica fue menos afortunado, debido entre otras cosas a que Marshall había abrazado el marginalismo solo de manera muy tentativa (Hodgson 2001, p. 107). Arnold Toynbee (1884) también se dedicó al estudio de la «revolución industrial» (de hecho fue él quien popularizó esa expresión) animado por el deseo de rechazar tópicos teóricos como el de los beneficios universales del libre comercio.

Una vez hubo entrado por la puerta trasera al panteón de la historia, a la que Edward A. Freeman, contemporáneo de Cunningham y profesor real en la Universidad de Oxford, solía definir como la «política del pasado» (Bentley 2005, p. 192), el estudio del pasado económico realizó grandes avances después de la década de 1920. En esta di-

fácil coyuntura, la Gran Depresión, la inestabilidad del período de entreguerras, y la complejidad creciente de las relaciones industriales causaron una profunda impresión en la opinión pública y recordaron a los contemporáneos la necesidad de mirar al pasado.

Sin embargo, a medida que la relevancia «cívica» de la historia económica aumentaba, esta fue divorciándose cada vez más de la economía. Berlín dejó de ser la capital intelectual del mundo occidental, y el modelo de la economía histórica institucional que los alemanes habían exportado en cierta medida al resto del mundo pronto perdió terreno. En el período de la segunda posguerra, John Maynard Keynes, el otro antagonista de la teoría neoclásica, ya no estaba. Keynes concebía el conocimiento económico como un arte que debía servir de guía a los «hombres prácticos» y había intuido que en las economías capitalistas el desequilibrio es la regla y el equilibrio la excepción, una idea de enorme trascendencia que, sin embargo, sería neutralizada con destreza en las aulas del MIT tras un famoso artículo de Hicks (1937).

Habiendo abandonado la ambición de formular grandes teorías a partir de pruebas empíricas, los historiadores económicos se dedicaron por completo a la interpretación de estas últimas. «La historia por la historia» podría ser el lema más apropiado para describir esta nueva fase. El cambio de dirección sin duda trajo consigo algunos aspectos positivos: la historia económica, por ejemplo, se convirtió en un campo digno de un cuerpo profesional de practicantes; pero también dejó sin resolver un conflicto latente con la disciplina de la que se había separado, a saber, la economía.

LA CRISIS DE LA HISTORIA ECONÓMICA

En la actualidad, la historia económica atraviesa una crisis de identidad profunda debido al desarrollo de un movimiento que surgió en Estados Unidos a finales de la década de 1950, la llamada «nueva historia económica» o «cliometría».

Por lo general, se espera que la historia mejore la comprensión que tenemos del pasado. Y quizá coincidamos en que lo que caracteriza a una buena investigación histórica es la capacidad de arrojar luz sobre el funcionamiento de sociedades que difieren en diversos grados de la nuestra. Sin embargo, la meta (inconfesada) de la cliometría no es aumentar el conocimiento del pasado sino construir relatos sobre el pasado compatibles con la economía neoliberal. Con frecuencia, la cliometría es un ejercicio en extremo ideológico para ofrecer respaldo a visiones del mundo, teorías y recomendaciones políticas específicas.

Hasta hace relativamente poco tiempo, los historiadores económicos europeos tendían a ignorar este fenómeno: empezar una disputa con los cliometristas se consideraba un desperdicio de tiempo, pues, se decía, «ellos no forman parte de la profesión histórica». Estos estudiosos trabajaban en Estados Unidos y se ocupaban principalmente de la historia estadounidense: no era una gran amenaza. Sin embargo, semejante posición es en la actualidad insostenible. Hace dos décadas quizá sonriéramos ante la afirmación de McCloskey de que la nueva historia económica había «conquistado Occidente» e impuesto una «Pax Cliométrica» (1987, p. 77), pero en la década de 2010 el riesgo de que eso ocurra parece más real. En los últimos veinte años han proliferado en suelo europeo los ejércitos de doctorados formados en Estados Unidos, y aunque siguen siendo una minoría, se trata de una minoría agresiva. Además, los instrumentos de persuasión utilizados por los cliometristas se han hecho cada vez más sofisticados, y sus trabajos pasan en ocasiones por fiables entre historiadores especializados en otros ámbitos y que, por tanto, no están lo suficiente-

mente familiarizados con la economía como para poder formarse un juicio independiente al respecto. Los cliometristas ocupan una porción significativa del mercado editorial en el mundo anglosajón y gozan de una visibilidad enorme. Este «género literario» abarca hoy la historia de los cinco continentes y se extiende desde la Antigüedad hasta el presente.

Entre tanto, sin embargo, la insatisfacción ha ido creciendo no solo entre los historiadores sino también entre economistas discrepantes. Por ejemplo, Freeman y Louçã han abogado desde una perspectiva neoschumpeteriana por «unir de nuevo la economía y la historia como estrategia alternativa a la de la cliometría» (2001, p. 39). Esta llamada a una «historia razonada» recuerda a la de Fritz Redlich, uno de los primeros críticos de la nueva historia económica: «En mi opinión —escribió—, el futuro pertenece a la historia social y económica analítica tanto cualitativa como cuantitativa» (1968, p. 96). En esa época, historia «analítica» quería decir historia orientada hacia los problemas, un enfoque que se oponía por igual a la historia narrativa y a la cliometría.

El problema está en definir en qué consiste hoy la «estrategia alternativa». Parece existir aún cierta confusión general acerca de la naturaleza del «nuevo institucionalismo», en el que los mismos Freeman y Louçã ven una ruptura con la economía neoclásica. El nuevo institucionalismo es en realidad un intento de diferenciación de producto, una estrategia de *marketing* dictada exclusivamente por las exigencias de la política académica. Su invención se tornó indispensable en el momento en que Douglass North se dio cuenta de que la aplicación de los modelos neoclásicos a la historia era una práctica «que con rapidez topa con rendimientos decrecientes y genera en el economista la convicción de que es marginal cuando no prescindible para la profesión» (1978, p. 78). Recientemente, North ha reconocido que en la década de 1970 «los economistas terminaron